

HQN™

Autora best seller del USA TODAY

VICTORIA
DAHL

LOS

HomBrEs



de VERDAD...

no Mienten



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2011 Victoria Dahl

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Los hombres de verdad... no mienten, n.º 144 - enero 2018

Título original: Real Men Will

Publicada originalmente por HQN™ Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9170-572-7

Los hombres de verdad... no mienten

Victoria Dahl

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla	
Créditos	
Índice	
Dedicatoria	
Agradecimientos	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Si te ha gustado este libro...	

Los hombres de verdad... no mienten

Victoria Dahl

Para mi marido

Agradecimientos

Todo el mérito de este libro descansa en mi familia y amistades. La comunidad de la novela romántica me ha proporcionado un enorme apoyo, que he podido sentir durante todo este año.

Me resulta imposible nombrar a todas las amigas que me han animado a seguir adelante, pero me esforzaré al máximo.

Gracias Lauren, Jami, Courtney, Tessa, Carrie, Julie, Barb, Jeri, Louisa, Zoe, Meljean, Rosemary, Viv, Ann, Megan, RaeAnne, Anne y Carolyn.

¡Jodi, Carrie P. y Lara, gracias a vosotras también! Guau. ¡Es todo un pueblo entero!

Y a Jennifer Echols –amiga, terapeuta y extraordinaria pareja crítica– gracias por hacerme reír en los buenos y en los malos momentos. Eres la mejor.

Gracias a Amy, Tara y Leonore, por todo vuestro trabajo duro y por vuestra paciencia. ¡Y gracias a todas mis maravillosas lectoras!

Pero, por encima de todo, gracias a mi increíble marido y a los dos mejores niños del mundo. Me alegro de que estemos juntos en esto.

Capítulo 1

Hacía casi medio año que Beth Cantrell no había pensado en él.

Bueno, eso no era del todo cierto.

Beth carraspeó y se removió nerviosa, mirando a su alrededor como si todos los clientes de la cervecería pudieran percibir la mentira que se estaba contando a sí misma.

La verdad era que había pensado en Jamie Donovan muchas veces. Había recordado la hora o dos que habían compartido, había fantaseado con lo que habría podido suceder si se hubiera quedado toda la noche en aquella habitación de hotel.

Pero, durante los seis últimos meses, ni una sola vez se había permitido pensar en la posibilidad de volver a verlo. No había pensado ni en llamarlo ni en contactar con él de manera alguna. Al fin y al cabo, en eso consistía el trato que habían hecho. Una sola noche. Una única ocasión. Nada de ataduras ni de expectativas. Y ella había tenido que atenerse a esa regla, porque de lo contrario nunca habría accedido a verse con él ni en aquella habitación de hotel ni en ningún otro lugar.

Él no era su tipo. No formaba parte de su círculo social. Y ella, definitivamente, tampoco formaba parte del de él. Beth Cantrell dirigía *The White Orchid*, la primera boutique erótica de Boulder. Sus empleadas eran sus amigas: mujeres a las que quería como a hermanas. Eran valientes y atrevidas, muy liberales en el terreno sexual. Y salían con tipos que eran como ellas mismas: gente culta, tatuada, con piercings. Gente *cool*. Sí, absolutamente *cool*, aunque ello les costara comportarse de una manera increíblemente torpe.

Beth, por el contrario, no era así. Ella era simplemente... Beth. Lo cual estaba bien, sin embargo, porque era su jefa

y las quería, mientras que ellas hacían todo lo posible por incorporarla a su círculo. Le organizaban citas con hombres. Amigos suyos. Conocidos que les gustaban. Hombres a la moda, *hipsters*, liberados. Pero ninguno de aquellos hombres le había producido la impresión que sí le había causado Jamie.

Todavía se ruborizaba cuando pensaba en él, con su polo impoluto y sus caquis. Con su gran sonrisa blanca y sus hombros anchos. Vestido de ejecutivo, había estado todavía mejor. La encarnación perfecta del pijo guaperas de clase media. Y Beth lo había deseado hasta la locura.

No se habían conocido hasta entonces, pese a vivir en una población tan pequeña. Pero en aquella habitación de hotel, con la promesa de que su aventura solo sucedería una vez... el secretismo que había rodeado su encuentro había hecho que se sintiera segura. El problema era que, desde entonces, no había podido dejar de pensar en él.

Todo lo cual había sucedido precisamente con la primera gran cita que había tenido en años.

–Hey –le dijo en aquel momento su pareja en la fiesta, agitando una mano delante de su cara–. ¿Estás bien? –le sonrió, quitando toda crítica a sus palabras.

–Lo siento.

Antes de que ella se hubiera puesto a pensar en Jamie, su acompañante le había estado hablando de... algo. Se estrujó el cerebro. Algo artístico e importante sobre los primeros años de la carrera de Robert Mapplethorpe.

–De verdad que lo siento –insistió–. No me había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que he bebido el primer trago de cerveza. Por lo general no soy tan grosera.

Él sonrió de una manera que vino a confirmarle que no se había sentido ofendido.

–Me alegro de que no te molestara venir a la fiesta conmigo. Faron y yo somos amigos desde hace años. No quería perdérmela. Y me figuré que tú también la conocías.

–Sí, tenemos amistades comunes –repuso. La fiesta no era el problema. Como tampoco lo era su acompañante. El problema era que Beth no había tenido la menor idea de

que la fiesta estaba convocada en la cervecería Donovan Brothers. No lo había sabido hasta que su acompañante metió el coche en el aparcamiento, y para entonces el alma se le había caído a los pies.

No era culpa de aquel tipo que la fiesta a la que había pensado llevarla hubiera tenido lugar precisamente en el local de los hermanos Donovan.

Desde que llegó, había pasado los primeros cuarenta y cinco minutos escaneando con la mirada la fila de camareros y clientes de la barra, pero Jamie no estaba allí. Un golpe de pura suerte por su parte. Jamie Donovan era copropietario de la cervecería, pero también un barman famoso por su simpatía. O al menos eso había oído ella. Porque cuando estuvo con él, la había impresionado lo serio y concentrado de su carácter.

No quería volver a verlo de aquella forma. Como tampoco quería que él pensara que se había llevado a otro hombre a su cervecería. Seguía esperando a que Jamie apareciera por allí en cualquier momento, y dudaba de que pudiera superar la tortura que ello supondría.

–Voy al servicio –le espetó. Vio que su acompañante recibía una cerveza de manos de la camarera, sonriendo de oreja a oreja mientras se lo agradecía.

–¿Quieres que te pida otra cerveza mientras tanto? –le preguntó él de pronto.

–No, gracias... –por un momento, se quedó boquiabierta de sorpresa. Oh, Dios, se había olvidado hasta del nombre de su acompañante. Cierto que aquella era la primera vez que salían juntos, pero se había mostrado tan amable con ella... –No, gracias –repitió, aferrando su bolso y levantándose tan rápidamente de la silla que a punto estuvo de caerse–. Vuelvo ahora mismo.

Desafortunadamente, tenía que pasar por delante de la barra para llegar hasta el baño, y le fallaron las rodillas como si fueran a doblarse bajo su peso. Contempló la barra, descubriendo que el tipo que estaba detrás del grifo de cerveza era el mismo joven delgado que había visto antes.

A continuación volvió a escrutar la zona entera del pub, con el corazón latiendo a un ritmo aterrador.

No estaba allí, gracias a Dios. Para cuando alcanzó el corto pasillo que llevaba al baño, estuvo a punto de echar a correr. Empujó la puerta, rezó una silenciosa plegaria de agradecimiento al ver el servicio vacío y se pasó una mano por los ojos.

–Menos mal.

Una vez que su corazón dejó de galopar como un loco, dejó el bolso a un lado y se lavó las manos. La sensación del agua helada la hizo sentirse mejor.

–Todo va a salir bien –musitó, intentando convencerse a sí misma de que estaba lista para volver a salir. Pero cuando descubrió su mirada desorbitada en el espejo y descubrió lo muy pálida que estaba, comprendió que iba a necesitar algunos minutos más.

Apoyándose con ambas manos en el lavabo, se inclinó hacia delante.

–Todo va a salir bien –se repitió.

Dos minutos más, y se marcharía con la cabeza bien alta y el corazón en su justo lugar. Y ya no volvería a pensar en Jamie Donovan por esa noche.

Que Dios lo librara de las mujeres sexualmente liberadas.

Eric Donovan se cruzó de brazos y miró ceñudo sus zapatos, mientras intentaba procesar lo que acababa de oír de su maestro cervecero.

–Wallace, no te entiendo. Faron está aquí con su marido. Su marido. ¿Cómo puede molestarte eso? ¡Si está casada con ese hombre!

–¡Ese tipo es un canalla donjuanesco! –gritó Wallace, alzando el puño y blandiéndolo en dirección a la zona del pub con el rostro rojo de rabia.

¿Un canalla? Eric se pasó una mano por el pelo.

–Perdona, pero no lo entiendo. Esos dos son una pareja abierta, liberal. De hecho, tú mismo estás saliendo con Fa-

ron, así que... ¿cómo puedes decir que su marido la está engañando?

Wallace Hood, un gigante barbado con aspecto de dormir en una cabaña de troncos cada noche, lanzó a Eric una mirada de horror.

–¡Yo no estoy saliendo con ella, hombre! Yo estoy enamorado de ella. Y por supuesto que su marido puede engañarla. No seas imbécil.

Eric probablemente habría debido molestarse por aquel insulto, pero lo cierto era que estaba demasiado perplejo por la conversación. Allí, en la sala de los barriles, miró a su alrededor como buscando ayuda. Pero estaban solos, en medio de las cubas y toneles de fermentación. Finalmente se encogió de hombros, sacudiendo la cabeza.

–Lo siento. Pero no lo entiendo.

El maestro cervecero suspiró y se pasó una mano con gesto impaciente por la cerrada barba.

–En las parejas abiertas hay unas reglas básicas, y el canalla de su marido las ha incumplido so pretexto de seguirlas. La engaña. Le miente. Y luego veta a cualquier tipo al que ella desea ver, arguyendo que no le cae bien. Eso fue lo que me hizo a mí, a pesar de que los conocía a los dos desde hacía años. Y, para colmo, esta noche la ha traído a ella aquí a propósito.

–¿Por qué? –inquirió Eric.

–Para burlarse de mí, porque él sabe que lo conozco bien. Yo intenté decírselo a Faron hace unos meses. Faron es una reina, mientras que él ni siquiera es digno de besarle los pies. Pero ella le es leal y siempre está viendo lo mejor de la gente. Quiere darle una oportunidad.

–La verdad es que parece una chica muy dulce –comentó Eric, basándose en la única vez que había hablado con ella. De hecho, le habían sorprendido su voz callada y su tímida sonrisa. Aquella menuda jovencita de adorables ojos había parecido desmentir de hecho los prejuicios de Eric sobre su liberal estilo de vida.

–Sí que lo es –suspiró Wallace–. Y se estaba enamorando de mí. Y ahora ese canalla se la va a llevar a California, y

deliberadamente ha organizado esta fiesta de despedida para las amistades de ella en mi cervecería...

Técnicamente, no era su cervecería, pero Wallace se mostraba tan posesivo y apasionado con el negocio como si fuera su propietario. Así que Eric se limitó a poner los ojos en blanco.

–No puedes irte ahora, Wallace. Necesito que...

–Bueno, no puedo quedarme aquí. Es evidente, ¿no?

¿Qué se suponía que él tenía que decir a eso? Miró a la cocina a través del panel de cristal de la sala de cubas. Pese a lo avanzado de la hora, todavía había obreros allí, trabajando horas extras para abrir un agujero de ventilación en la pared. Esbozo una mueca.

–Ella está justo allí, hombre –rezongó Wallace–. Sé que es un mal momento para que me vaya, pero es que... está justo allí.

Sí que era un mal momento. La cinta embotelladora estaba en marcha por tercera vez en aquel mes y la cocina estaba llena de visitantes de fuera. Por supuesto, la hermana y el hermano de Eric los habían traído allí, que no él, pero aun así... Todos aquellos cambios en la cervecería no habían sido idea suya, aunque los hubiese aprobado, y él no quería saber nada de todo aquello...

–De verdad que te necesito aquí esta noche. Me prometiste que te quedarías hasta tarde y que transferirías ese pequeño lote de cerveza rubia a las nuevas barricas de roble.

Al oír aquellas palabras, Wallace lo miró con una expresión tan desconsolada que a Eric le entraron ganas de retirarlas.

–Pero –cedió al fin– supongo que tampoco pasará nada por unas pocas horas.

–Mañana vendré más temprano que nunca. Te lo juro.

Eric suspiró.

–Quizá sea una buena cosa que ella se mude a California.

–Es una gran chica –dijo Wallace con una voz sospechosamente ronca–. Ella quiere confiar en ese tipo, y no lo dejará hasta que se convenza realmente de que la relación está acabada. Pero él va a romperle el corazón.

Eric seguía sin comprender lo que podía significar el matrimonio para una mujer que salía con otros hombres al mismo tiempo, pero la verdad era que nunca había entendido el estilo de vida de Wallace. Pese a su intimidante aspecto de montañés, Wallace se relacionaba con hombres, mujeres y con cualquier persona de género indefinido. Pero era la primera vez que lo había visto tan fuera de control. Parecía que el amor le había dado fuerte esa vez.

Eric lanzó otra mirada a la sala de las barricas.

–Está bien. Yo me encargaré de los toneles. Tú...

–Oh, no sé si quiero que tú...

–Wallace –le espetó Eric–. Ya llevamos suficiente retraso.

Wallace entrecerró los ojos. El hombre se mostraba demasiado posesivo con su cerveza. Era casi una obsesión. Pero también era su cerveza, y además había perdido demasiado control sobre su propia vida durante el último año. No iba a dejar que Wallace pensara que iba a poder aprovecharse un poco más.

–Está bien –se resignó al fin el maestro cervecero–. Pero no la lées –arrojó sus guantes de trabajo sobre la mesa y salió a toda prisa, dando un portazo. Todavía se detuvo por un momento, mirando con ojos como láseres la doble puerta que llevaba a la zona del pub y a Faron, pero luego sacudió la cabeza y abandonó el local por la puerta trasera.

–Dios mío –masculló Eric.

Últimamente, todo el mundo a su alrededor parecía tiranizado por el amor y el sexo. Tanto su hermana como su hermano estaban embarcados en relaciones muy serias, y ahora resultaba que Wallace, un tipo que se tomaba las relaciones como un deporte profesional, estaba desconsoladamente enamorado de una mujer casada. Él tenía la sensación de ser la única persona no tocada por aquella locura.

Lo que no quería decir que no hubiera tenido alguna experiencia al respecto. De hecho la había tenido unos pocos meses atrás: un encuentro que, aunque breve, le había dejado muy afectado. No podía imaginarse a sí mismo enfrentando toda aquella intensidad emocional cada día. Quizá

por ello pudiera disculpar el hecho de que toda la gente cercana que conocía hubiera perdido el juicio.

Flexionó los hombros, en un intento por sacudirse la sensación de cansancio que parecía haberse apoderado de él. Siempre estaba tenso en el trabajo. Pero, por lo general, el estrés no lo molestaba, aunque solo fuera porque no podía imaginarse la vida sin él. Tenía un negocio; por supuesto que estaba estresado. Lo que no le gustaba era la devoradora incertidumbre que parecía haberlo invadido durante el último par de meses.

Había sido una situación de pesadilla tras otra. Contratos perdidos, estafas, robos, y ahora este caos en la cocina. Su hermano, Jamie, estaba convirtiendo la cervecería familiar en un pub que además servía pizza, y él tenía la sensación de haber perdido completamente el control.

Esbozando una mueca, contempló la pequeña nube de polvo de ladrillos que se levantaba procedente del muro de la cocina. Habría preferido quedarse escondido en la paz y tranquilidad de la sala de barricas, pero, desgraciadamente, los toneles tendrían que esperar un par de horas.

Cuando salió a la cocina, su ceño fruncido se evaporó a pesar del estrépito que estaban armando los obreros. El lugar podía ser el reino del caos y del polvo, pero Jamie permanecía en su sitio mirándolo todo con una sonrisa en los labios. Aquel no era precisamente su sueño, pero sí el de Jamie, razón por la cual Eric estaba dispuesto a todo con tal de hacerlo realidad.

Jamie se volvió para mirarlo con una sonrisa. La relación ente ellos había mejorado mucho durante los últimos meses. Gracias a Dios. Aún no era muy estable, pero Eric se sentía inmensamente aliviado de que tantos años de discusiones hubieran quedado atrás.

Acercándose, le dio una palmada en el hombro.

–¿Qué tal va todo?

–¡Estupendo! –gritó Jamie para hacerse oír.

Eric se volvió para contemplar los progresos con su hermano durante unos segundos, pero como nada sabía sobre

hornos y demás instalaciones del restaurante, se limitó a darle otra palmadita en la espalda.

–Iré a echar un vistazo al pub para asegurarme de que todo va bien.

Conforme se dirigía hacia allí, podía escuchar el creciente rugido de las carcajadas. Empujó las puertas y contempló a la multitud, buscando a Faron y al canalla de su marido. Pero antes de que las puertas se hubieran cerrado a su espalda, alguien chocó contra su hombro. Una mujer. La sujetó al ver que perdía el equilibrio. Ella intentó apoyarse en él, rozándole un costado con una mano al tiempo que alzaba la mirada.

Por unos instantes, sus rostros quedaron tan cerca que Eric pensó que se lo estaba imaginando todo. Sonrió pese a que los nervios de su cuerpo parecieron activarse uno a uno. La oleada de aquella cruda sensación fue ascendiendo progresivamente por sus dedos, sus manos, sus brazos. Para cuando ella lo empujó con una exclamación ahogada, tenía todo el cuerpo electrizado.

«Beth». Estaba tocando a Beth Cantrell. Su cerebro entró en pánico.

Diablos. Tenía las manos sobre Beth Cantrell. Y en su cervecería.

Sintió su intención de alejarse, pero de alguna manera sus manos se tensaron sobre sus hombros al tiempo que desviaba la mirada hacia las puertas que tenía detrás. Jamie seguía en la cocina. Siempre y cuando no se asomara al pub, todo iría bien. No pasaría nada. No había, por lo tanto, razón alguna para el pánico.

Excepto que.... ¿qué diablos estaba haciendo ella en la cervecería? ¿Había ido allí a verlo?

–Beth –empezó, justo cuando ella se liberaba de sus brazos. El cosquilleo de las puntas de los dedos se desvaneció lentamente, aunque en aquel momento se estaba desplazando a su cerebro.

Si Jamie entraba por aquella puerta, Beth se quedaría terriblemente sorprendida de verlo. «Terriblemente» sería poco.